

HAY un salto en el aire que es un verdadero salto de pez. Recuerda el hombre la época en que vivió entre las aguas.

■ ■ Sucede a veces que el contorsionista cambia los brazos por la piernas y sólo vuelve a su anatomía normal cuando ve que tiene pies en vez de manos y viceversa.

■ ■ Los japoneses suben de tal modo por las cuerdas que se ve que han sido antes arañas.

■ ■ Ese brazo que convierte las anillas en trapecio, es un brazo irrompible sobre el que trabaja el compañero, como vino tuviese articulación y fuese un brazo sin codo.

■ ■ En el aire del pánico, durante el doble salto mortal, el acróbata hace un gesto y toma una encogida postura de no nacido, de criatura que no ha salido aún del seno de la madre vida... Sólo cuando agarra el sostén del trapecio vuelve a nacer.

■ ■ Las blancas sillas del circo son las sillas más cómodas del mundo y sólo en ellas se podría sentar un Atlante.

■ ■ Cuando el artista de circo cae sobre sus piernas abiertas como un compás que pierde la entrepierna del más mínimo ángulo, parece que se ha malogrado y se siente compasión por él pensando que esa rigidez última que no cede, es toda la fuerza de la vida, es la resistencia con que contamos para no caer derrengados bajo el peso de la muerte.

■ ■ Los de los altos trapecios volantes prefieren el traje amarillo, como si quisieran conseguir la benevolencia del público por recordarle una alegre jaula de canarios en un alegre día de sol.

■ ■ El funámbulo pasa sobre la cuerda floja o tirante puentes y puentes sobre el río de su destino. El no nota que es tan trascendental lo que hace.

■ ■ El elefante tiene la cabeza llena de brutales chichones como si hubiese tropezado con los dinteles de todas las puertas.

■ ■ Hay un momento cuando un gimnasta levanta al otro, rígido y como yerto, que parece que va a tirarle por la Roca Tarpeya, desembarazándose de él por los pretilles del circo.

■ ■ Se han empleado tanto las focas como "bibelets", que ahora cuando salen a escena en los circos equilibrando la amarilla pelota en el hocico, parecen un aparato de luz.

■ ■ El hipopótamo es un mal animal de circo porque tiene una lengua sucisima e impresentable.

■ ■ Los pieles rojas de los circos, son tan sospechosos y están tan depreciados que sólo son los hombres plumeros, los plumeros que saltan.

■ ■ El jockey de circo, de pie sobre un caballo, tiene un instante de estabilidad mayor que la del hombre erguido sobre la tierra firme. Se apoya sólo con un pie en el caballo, pero se ve que está en el sitio exacto, sobre el limpiabarrros de la inmovilidad ecuestre.

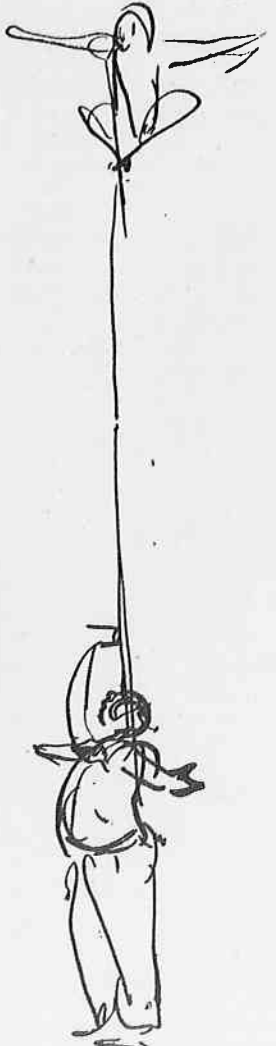
■ ■ Los caballos de circo son caballos ruborosos que salen mirando al suelo, con aire tímido... Parecen caballos que tienen un abono de automóvil para ir dentro de él y nos miran muchas veces con ojos de gemelos de teatro—como abonados a la ópera—. Son tan educados estos caballos que nunca se ha dado el caso de que disparen una coz en la pista.

■ ■ En los circos se necesitan animales nuevos. No creo que esté agotada la fantasía de la creación. Por lo menos se necesitan animales no amaestrados nunca, como las ostras, por ejemplo. ¡Qué interesante! ¡Amaestrar ostras y después de su trabajo se les daría una gota de limón—que debe ser su mayor sibiritismo—y a dormir, como las niñas que han sido buenas!

■ ■ Los cocodrilos del circo son como grandes zapatos vivos, quizá zapatos desechados de Charlot, a los que mueve un aparato de relojería... No son cocodrilos verdaderos porque ¿quién ha oído llorar jamás a los cocodrilos de circo? Y, cómo se sabe, la autenticidad del cocodrilo sólo se conoce gracias a su llanto.

■ ■ Hay quien cree que para ser domador basta guardar-se el terrón que sobra en los

(Continúa en la pág. 40)



GREGUERIAS CIRCENSES
Por RAMON GOMEZ DE LA SERNA
(Para LA NACION)
MADRID, octubre de 1929.

